EL PADRE DAMIAN.

I.

Aunque aquel á cuya memoria quiero consagrar estas contadas páginas, haya sido un misionero católico, de nacionalidad belga, y perteneciente á una orden religiosa francesa, no voy á invocar á su favor, al principio de este trabajo, ni el testimonio de Bélgica, ni el de Francia, ni aun el de

la Iglesia, que ha bendecido su apostolado. Por una circunstancia extraordinaria, que hará conocer el curso de este relato, la santidad de un sacerdote católico ha conquistado la admiración de un pueblo extranjero á su nacionalidad y á su fé, y la primera aclamación que haya hecho resonar su nombre con honra, hase producido en Inglaterra, donde católicos y protestantes han estado contestes en admirarle.

¡El apóstol de los leprosos de Molokay, el P. Damián acaba de morir!.... Llegó á Londres la nueva en los comienzos de mayo de 1889, y suspendió por un momento todas las discusiones que apasionaban al público. De todos los rangos y clases sociales, de todas las comu-

niones políticas y religiosas, eleváronse un solo grito de piedad y de dolor, y una aclamación unánime de respeto y de admiración, que no fueron, por cierto, los periódicos católicos los únicos en manifestar.

Hé aquí en qué términos resume el *Times* el contexto de un largo artículo alusivo á este suceso:

"El P. Damián trasformó una leprosería en una colonia modelo, digna de servir de ejemplo á todas las del Pacífico.....; ha revestido de honor la ignominia de la lepra.....; su trabajo ha concluido, la hora de un reposo bien merecido ha llegado para él, y la de una *beatificación*, que no se hará esperar esta vez, sin duda alguna, sesenta años para ser proclamada!"

"La verdad, dice á su vez el *Morning-Post*, ha sobrepujado á la ficción por esta vez, y el más sencillo de los hombres, ha-se encontrado ser un héroe. El P. Damián reposa ahora en su tumba de leproso, y comprende el mundo una vez más, cuán poco sabe reconocer á aquellos que en su propio seno son los más grandes."

El *Daily Telegraph* finalmente (11 de mayo de 1889) termina con estas palabras, dos columnas de panegírico:

"Este padre católico ha venido á ser un amigo para toda la humanidad. Su glorioso menosprecio de la propia vida, su valerosa interpretación del Evangelio de su Maestro, harán su memoria eternamente venerada. No se puede llorar su muerte, sino tan sólo alabar, bendecir y agradecer; con la seguridad de que para el P. Damián todo está ya *bien* para siempre!"

Podríamos multiplicar las citas hasta el infinito, escogiendo únicamente los testimonios menos sospechosos de parcialidad; es preferible, empero, referir rápidamente aquello mismo que las justifica, y explicar por qué actos ha sabido despertar un simple misionero católico, tan ardiente y universal simpatía, entre aquellos mismos que no eran ni sus compatriotas ni sus correligionarios.

Es que, en efecto, digámoslo desde luego, dió el P. Damián un ejemplo de abnegación y de caridad tan grandes, como la historia del heroísmo no ofrece muchos semejantes.

Por Dios y por las almas, por obtener el bienestar material y trabajar en la salud eterna de un pueblo de enfermos, y

moribundos, dió sencilla y alegremente todo lo que un hombre puede dar aquí abajo. Hizo completo abandono no sólo de toda alegría posible en este mundo, sino de toda esperanza del menor reposo. Vivió voluntariamente trece años en medio de un pueblo de leprosos, siendo él el único exento de la lepra; vino después la hora en que desapareció esta diferencia entre él y su pobre pueblo..... La enfermedad cruel que hería al rebaño, alcanzó al fin al pastor, uniendo á entrambos más que nunca y para siempre. Durante cuatro años todavía, y mientras el mal terrible iba invadiendo gradualmente sus miembros y semblante, continuó trabajando y sufriendo con aquel, hasta que al fin, el 10 de abril de 1889, vino la muerte á hacerle entrar en la beatitud prometida á aquellos que han amado así

á sus hermanos. El Divino Maestro ha dicho que *no hay más grande amor que dar la vida por los que amamos.* ¿Cuál habrá sido la acogida que de Él haya recibido el discípulo que supo entenderle y obedecerle de modo tan perfecto?

II.

José Damián de Veuster nació el 3 de enero de 1840, en Tremeloo, aldea situada al norte de Lovaina, entre Malinas y Aerschot. Sus padres, piadosos y cristianos, pertenecían á la clase media. A los diez y nueve años fué á Lovaina en compañía de su padre y de su madre, á visitar á su hermano mayor Pánfilo, que era religioso de un convento de la orden de los Santos Corazones de Jesús y de María, llamado de los Hermanos de Pic-

pus. Decidióse allí repentinamente á seguir su ejemplo, y una vez adoptada esa resolución, púsola en práctica sin pérdida de momento; y así volvieron sus padres del viaje, dejando reunidos á sus dos hijos, aceptando ellos mismos este doble sacrificio, con una sencillez y una firmeza que parecen haber sido tradicionales en la familia.

Verdad es que en la vocación de Damián, no hubo de repentino sino la elección de la orden de misioneros en que quiso ser ahora admitido (en vez de entrar en la de los Trapistas, como lo había pensado hasta entonces). Permaneció, pues, cerca de Pánfilo, recibiendo de él buenos consejos y valientes ejemplos.

En 1863, cuando el más joven de los dos hermanos había recibido únicamente las órdenes menores, fué designado el ma-

yor por sus superiores para ir á una misión lejana. Aguardaba el P. Pánfilo con impaciencia la hora en que se le llamase á este género de apostolado, y disponíase á obedecer con alegría, cuando, en el momento en que todo estaba presto, y señalado y próximo el día de la partida, acometióle grave enfermedad, que le puso fuera de estado de emprender la marcha. Entonces Damián, viendo el dolor de su hermano, acercóse á él vivamente, y le preguntó si le serviría de consuelo que fuese él á reemplazarle. Dióle respuesta afirmativa el enfermo, y en el acto Damián, con la generosa impetuosidad que le caracterizó siempre, escribió á París al superior general de la orden, pidiéndole permiso con instancia, para reemplazar á su hermano. Había escrito esta carta sin consultar á sus superiores inmediatos;

pero era ella tan elocuente, que, con gran sorpresa de él mismo, recibió Damián en respuesta, la orden de partir incontinenti á las islas Sandwich.

Embarcóse, en efecto, en Bremerhaven, el 30 de octubre de 1863. Cinco meses duró la travesía, en un buque de vela. La primera carta de Damián á su hermano, indica que fué aquella, larga y penosa. Profunda parece haber sido la impresión que este viaje dejó en su ánimo, y con razón sobrada, porque varias veces el buque, durante la navegación, corrió peligro de inminente naufragio. Esto no obstante, escribió algunos meses más tarde al P. Pánfilo, diciéndole: «Os he hablado extensamente de nuestro largo viaje de Europa á Oceanía.....; pero según lo que otros misioneros me refieren, hemos sido muy favorecidos por la

Providencia durante la travesía, tanto por su duración relativamente corta como por el hermoso tiempo que hemos disfrutado [1].»

Hago hincapié en esta rectificación, porque manifiesta un rasgo característico del carácter del P. Damián, que se notará siempre en todos sus actos: el de hablar con sencillez de las dificultades vencidas, y buscar medio de disminuir su importancia.

Llegó á Honolulu, capital de las islas Sandwich, á principios de marzo de 1864. Permaneció allí durante largo tiempo, y en aquel lugar recibió las órdenes sagradas.

Hállanse situadas las islas Hawayanas

1. Life and Letters of father Damien, Edited wilh introduction by his brother father Pamphile (London—Catholic truth Society).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

ó Sandwich, en el Oceano Pacífico, entre la América y la Australia, casi á igual distancia de la una y de la otra. Fueron descubiertas en 1778, por el capitán Cook; pero no visitadas durante largo tiempo, sino por mercaderes y balleneros, que lejos de llevar á sus inofensivos habitantes los beneficios de una civilización superior, les hicieron sufrir su brutalidad, y les comunicaron sus vicios y gusto por las bebidas embriagantes. Por la primera vez en 1820, algunos misioneros *congregacionalistas* de Boston, llegaron á Haway. Tuvieron la felicidad de convertir al cristianismo desde luego, á una soberana guerrera(cuya estatura era, á lo que se dice, de cinco piés, seis pulgadas), llamada Kapiolani, la cual ejercía grande influjo sobre su tribu. Una vez convertida, osó atravesar solemnemente la

llanura de lava que se extiende al pié del volcán, donde habitaba Pelé (la temible diosa), según la creencia popular; y allí, á la vista del espantado pueblo, arrojó dentro del cráter, ramas y frutos del árbol consagrado á la diosa, desafiándola en alta voz á que la castigase. Hubo un momento de silencio indescriptible; luego, como ninguna calamidad sobreviniese, volvióse Kapiolani á la multitud tranqúilamente, y díjole: "Ya lo veís, Pelé no tiene poder; no hay más que un solo Dios, que es Jehová, y un solo Salvador, que es el Cristo!» Gran parte de la población, á consecuencia de este acto valeroso, abrazó la fé cristiana.

Cuéntase que poco después, cuando querían los instructores indígenas, reconocer á sus discípulos cristianos, entre los no cristianos, preguntábanles: *¿amais*

á vuestros enemigos? Los que respondían *sí* eran tenidos por cristianos; los que decían *no* por paganos. Parécenos que era interpretar bien la esencia del cristianismo. Haciáseles en seguida esta pregunta: *¿quién os ha criado?*, y se les enseñaba á responder: *el gran Dios ha criado el cielo y la tierra.* Hay rincones muy civilizados del mundo, donde podría envidiarse ahora, la instrucción dada entonces á esos salvajes.

Frutos duraderos produjo tan sencillo principio, y los misioneros católicos que vinieron poco después, no tuvieron trabajo en acrecentarlos. Fué edificada la primera Iglesia en Honolulu, en 1839, y bien pronto hubo numerosos católicos en la mayor parte de las islas que dependen del gobierno hawayano; mas hallábanse divididos en pequeñas agrupaciones, y separados los unos de los otros, sea por grandes distancias, sea por obstáculos casi infranqueables. El destino de los misioneros era instruir y llevar los socorros de la Religión á esos fieles diseminados. Desgraciadamente, no eran bastante numerosos los sacerdotes para que pudiese consagrarse uno á cada grupo, á pesar del deseo de los insulares y de los misioneros, cuya llegada era siempre acogida con alegría. Sucedió así particularmente, cuando el P. Damián, en toda la fuerza de su juventud y valor, recibió la misión de ir á evangelizarlos. Fué el principio de su ministerio activo, al que se dedicó durante diez años con fatigas inauditas, y dominando dificultades hasta entonces invencibles, con una energía sobrehumana. Así fué como pudo obtener resultados que nadie había alcanzado

hasta la época. Rastro imperecedero dejaron por todas partes sus trabajos apostólicos, y muy especialmente en Puna, Kohala y Hamakua.

De una carta dirigida á sus padres en 1865, tomamos los párrafos siguientes:

"Gran felicidad es para mí, poderos enviar noticias mías de tiempo en tiempo, y recordaros que en medio de este gran Oceano Pacífico, en una isla de ciento cincuenta leguas de circunferencia, teneis un hijo que os ama, un sacerdote que ruega por vosotros, un misionero que emplea su tiempo en correr en pos de las ovejas perdidas de nuestro adorable Salvador. Tengo dificultades y padecimientos; sin embargo, soy muy feliz.

"Llénanse de alegría los insulares siempre que me ven llegar. Inmensamente los amo. Gustoso diera mi vida por

ellos. Nada me detiene cuando se trata de ir á visitar á los enfermos á distancia de siete ú ocho leguas; ó á los que me llaman, sean quienes fueren, si puedo hacerles algún bien.

"Rogad por los pobres misioneros, queridos padres, porque sus dificultades son grandes [1]."

No olvidó nunca, no obstante, á aquellos que componían el círculo de su familia, abandonado para siempre; amólos fielmente hasta sus últimos momentos. Termina esta carta con afectuosos recuerdos á todos los suyos, y con la empeñosa súplica de que le escriban con frecuencia, recomendándoles una vez más, pidan á Dios para él la fuerza de la perseverancia.

Durante este periodo, que fué el pre-

1. Ibid., p. 63.

ludio, y por decirlo así, *el noviciado* del apostolado á que debía pronto consagrarse, manifestó más de una vez la indomable energía, así como la ardiente caridad de que debía más tarde dar tantas pruebas. Llegó un día á caballo al pié de alta montaña, más allá de la cual encontrábase una aldehuela cristiana que no había visitado todavía. Demasiado escarpado era el camino para proseguirle á caballo; así es que ató á un árbol la cabalgadura, y emprendió á pié el difícil ascenso. Llegó fatigadísimo hasta la cima; empero no descubrió caserío por ninguna parte, sino sólo obscuros precipicios. Percibió á lo lejos una montaña casi tan alta como la que había acabado de subir. Entonces, sin vacilar, bajó rápidamente, y dirigiéndose á esa montaña, trepó por ella como lo hizo por la primera. Júz-

guese de su asombro cuando, llegado á la cumbre y volviendo los ojos por todas partes, no halló ninguna humana habitación, cerca ni lejos. ¡No vió más que vasta llanura á sus piés, y á lo lejos otra montaña! Cualquiera otro que no hubiera sido él, hubiera prescindido de su propósito; mas el pensamiento de llegar á donde había almas que socorrer ó salvar, le volvió incontrastable. Detúvose tan sólo el tiempo suficiente para hacer corta plegaria, y prosiguió la marcha, emprendiendo una tercera ascensión. Desgarráronsele traje y calzado, ensangrentáronsele piés y manos; pero orando sin cesar, halló aliento para proseguir, repitiendo: "¡Animo, ánimo, nuestro Salvador derramó más sangre por nosotros!" Agotado, herido y cubierto de polvo, llegó al cabo á su destino, donde fué ampliamen-

te recompensada su valerosa perseverancia, por la alegría con que le acogieron los pobres cristianos que había venido á buscar al precio de tantos esfuerzos, y que, desde la muerte de su último pastor, acaecida había ya muchos meses, hallábanse privados de todo socorro religioso.

Lo reducido del número de los sacerdotes, no permitía que los cristianos oyesen misa todos los domingos. Para proveer, hasta cierto punto, á esta necesidad, imaginó un plan, que revela su raro talento de organización, así como la energía de que se hallaba dotado. Eligió entre los cristianos jóvenes que le rodeaban, los que le parecieron capaces de cumplir la misión (para la que los preparó cuidadosamente); y envíolos á los sitios á donde era imposible mandar y establecer sacerdotes. Los jóvenes laicos, instruidos

por el P. Damián, encargábanse de explicar el catecismo, hacían orar en común á los insulares, enseñándoles á cantar himnos sagrados, y dirigíanles con frecuencia palabras fervientes y conmovedoras. *Parece que Dios bendice esta organización*, dice el P. Damián, al terminar la carta en que refiere á su hermano, el procedimiento descrito.

Durante estas peregrinaciones, que aprovechó para aprender la lengua del país, había encontrado leprosos con harta frecuencia (pues son numerosos en aquellas islas); y más de una vez había sido testigo de escenas desgarradoras producidas por las medidas que el gobierno hawayano había creído indispensable tomar para poner un dique á la invasión de tan tremendo azote. Había escogido la autoridad con este propósito, la isla de

Molokay, una de las de su dependencia, para convertirla en asiento de los leprosos; y eran enviados á ella, con ó sin voluntad, todos los atacados por ese mal espantoso. Los mismos enfermos resistían la separación, y sus parientes y amigos, sin cuidarse de su propio riesgo, ocultábanlos cuanto podian, y les ayudaban por todos los medios posibles, á sustraerse á ese destierro decretado por motivos de interés público. Latió mil veces emocionado y lleno de caridad el corazón del P. Damián, por aquellos desgraciados; y en tal estado de ánimo se hallaba, cuando le llamó á su lado Monseñor Maigret, su obispo entonces, y le llevó consigo á visitar por la vez primera la isla de Molokay.

Un vistazo arrojado sobre el espectáculo que se le ofreció, cuando sentó la

planta en lo que ha sido llamado con tanta propiedad el *Eden de la muerte*, bastó para que sintiese nacer en sus entrañas, el deseo irresistible de consagrarse al alivio de los infelices que poblaban aquel sitio. *Aquí*, decíale una voz secreta, *aquí es donde debe emplearse toda la labor de tu vida.* Así, pues, sin esperar una orden del obispo, ni aun una indicación siquiera, tomó él mismo la iniciativa, y con un ardor igual al que le hizo ser admitido entre los misioneros, pidió la gracia de que se le permitiese consagrarse á los leprosos de Molokay, no para hacerles visitas más ó menos frecuentes, como las habían recibido hasta entonces, sino para darse á ellos por completo y por toda su vida.

Era pedir lo que ningún obispo se hubiera atrevido á mandar: no se ordenan

tales sacrificios; pero acéptaseles, cuando se alcanza á comprenderlos. Monseñor Maigret había deplorado frecuentemente lo escaso del número de sus misioneros, que no le permitía enviar, con la frecuencia deseable, religiosos socorros á los detenidos de Molokay. El heroismo de un solo hombre iba á llenar este vacío, pues el P. Damián no obedecía al arrebato de una piedad pasagera. Comprendiólo el obispo, y aceptó para el bien de todos, el sacrificio de la vida de un solo hombre. Mas fácil es de comprender de cuántas bendiciones acompañaría el Prelado, el permiso concedido á aquel bueno y fiel servidor de la Cruz. Aprovechóse de la venia sin pedir un día de plazo, según su costumbre, el P. Damián; partió el obispo, y se quedó en la isla. Por esto, en el momento de embarcarse Monseñor

Maigret, dirigiéndose á la población, dijo con voz conmovida:

"Hasta el presente, hijos mios, habeis estado solos; no lo estareis ya en adelante. Hé aquí que dejo entre vosotros uno de los míos, para que sea vuestro padre y vuestro hermano. Vuestro bienestar aquí abajo y la felicidad de vuestras almas inmortales son tan caros para él, que no ha vacilado en pedirme ser uno de vosotros, para vivir y morir con vosotros."

"Así fué como (escribió muy á poco el mismo P. Damián), por una providencia especial del Salvador, que durante su vida mortal mostró tanta compasión hácia los leprosos, llegué á Kalawao, en la isla de Molokay, en mayo de 1873. Tenía entonces treinta y tres años, y era de una salud fuerte y robusta."